

Esta es una historia de amor,  
pérdida del honor,  
y búsqueda del perdón .

# Heraldos de la Tormenta



# Prólogo

## -Una Extraña Profecía-

Un rostro femenino de ojos violetas y piel morena, se dibujó frente a Lemuel sobre un cielo negro repleto de estrellas.

-Lemuel... hermano Lemuel, el mundo descansa sobre pilares viejos, muy viejos ya, piedras ancianas de extraño poder, y sus antiguos señores de lodo y ceniza han quebrado las cadenas que los mantenían presos. Cuernos y tambores vuelven a sonar en colinas y valles.

Colosos de hierro y fuego descendieron de extrañas montañas negras. De retorcidos portales emergían bestias haladas de múltiples cabezas con coronas de fuego. Ambas huestes cayeron sobre los ejércitos de ugroc y hombres que batallaban entre sí.

-La espada más noble no puede permanecer dormida durante más tiempo en el sur del reino. Debes volver al norte, hasta el corazón de Aelgren.

La oscuridad, la lluvia, el viento y los truenos rodearon a Lemuel.

-Sigue mi voz Lemuel, la voz de la profeta Elisabeth, sigue mi voz Lemuel...Lemuel...

Los brazos de un anciano soldado, despertaron al veterano guerrero sumido en extraños delirios.

-¡Lemuel! ¡Lemuel! El príncipe Falcor ha llegado al fuerte y... le acompaña Elisabeth, la profeta. La comandante Belina quiere que los recibas junto con ella en la entrada.

# Capítulo 1

## -Un Amargo Reencuentro-

Falcor, príncipe y heredero del reino más poderoso de los hombres, Aelgren, se sintió, pequeño, demasiado pequeño para lo que estaba acostumbrado su regio orgullo cuando llegó ante las puertas de Fuerte Verde, y sobre ellas, el antiguo tutor de su hermano menor y él mismo, Lemuel, lo observaba con sus ojos dispares y piel decorada con multitud de cicatrices adquiridas en las cruzadas del este. El joven hermano de Falcor, Isafas, había muerto estando bajo la tutela del por entonces, hermano Lemuel. Falcor culpó a Lemuel, lo responsabilizó directamente de su muerte, y si por él hubiera sido, habría sido condenado a muerte sin juicio previo. Pero su padre, que portaba la perspectiva de la edad, lo despojó de la sagrada armadura de los Hermanos de la Espada, los cuales servían al Septum Arcanis desde hacía más de cien años, y lo destinó al sur, a Fuerte Verde, para servir en aquel puesto fronterizo lejos de la capital lo que le restara de vida.

Además de una comitiva armada, el príncipe Falcor iba acompañado por la profeta del reino, Elisabeth. Una hechicera de gran poder y de edad indeterminada que vivía como una ermitaña en las ruinas de un templo llamado Galaad. Nadie sabía qué sucedía tras los viejos muros y las centenarias estatuas recubiertas de musgo, pero de vez en cuando llegaban a la capital del reino, Griforcast, legajos con textos escritos en diferentes lenguas de diferentes épocas, los cuales solo podían ser traducidos e interpretados debidamente por los hechiceros mayores de Galgosard. Los textos de Elisabeth, las más de las veces eran consejos sobre moral y honor, o cómo no enfadar a los dioses, otras, eran indicaciones concretas sobre cómo proceder en caso de desastres que aún estaban por venir. El príncipe Falcor también guardaba un poso de rencor hacia Elisabeth, pues creía que su poder para entrever los hilos del mundo debería de haber sido suficiente para salvar a su hermano. Pero el miedo reverencial con el que había sido educado hacia Elisabeth, mantenía lejos y a buen recaudo el amargor que le producía su presencia, aun cuando esta le resultaba agradable, ya que su imagen era la de una muchacha hermosa, menuda, de facciones suaves y morenas coronadas por unos ojos enormes violetas, penetrantes y aterradores.

Lemuel bajó de la muralla junto con la comandante Belina, una mujer corpulenta de mediana edad, pelo corto negro y ojos de un verde intenso.

-Mi señora, no creo que al príncipe le agrade mi presencia.

-Tonterías, eras un hermano de la espada, en muchos aspectos fuiste un padre para ambos príncipes.

-Hace mucho ya que no ocupo ese lugar de honor en el corazón del príncipe.

-Quizá hoy sea el momento de curar viejas heridas. La profeta Elisabeth cabalga con el príncipe, tan solo Agrael sabe por qué.

Lemuel guardó silencio. No deseaba perturbar el inminente recibimiento con la extraña visión con que la profeta había oscurecido su sueño.

La comitiva del príncipe cruzó el umbral del estrecho arco de la entrada a Fuerte Verde. El príncipe Falcor dedicó una mirada severa a Lemuel, tan solo inclinó la cabeza levemente en señal de respeto a la comandante del fuerte. El príncipe había cambiado mucho a ojos de Lemuel. Había ganado musculatura, el rostro antes suave adquirió dureza con el paso de los años y el contorno de nuevas cicatrices ensombrecieron sus bellas facciones. Sus ojos seguían siendo de un oscuro intenso y brillante como su indómita cabellera que había dejado crecer de manera salvaje. Llevaba una armadura completa que le hacía parecer aún mas imponente, y labrada en su hombrera derecha portaba una cabeza de grifo, el símbolo de la familia real.

Elsabeth no miró a Lemuel ni a la comandante Belina. Su rostro permanecía oculto entre sus coloridos y desgastados ropajes, y de sus mechones y trenzas se bamboleaban abundantes plumas negras. A Lemuel se le heló la espalda. Aún sentía el eco de su voz cargada con el peso de muchas edades en su corazón.

El príncipe descabalgó y ordenó que se encargaran de los caballos. Se acercó con paso tranquilo mientras dirigía graves miradas a los nuevos reclutas ugroc. Sus cuernos enroscados y alas vestigiales que les servían de capa y coraza claveteadas de hueso, eran bastante imponentes. No parecía complacido ante la nueva política de reclutamiento en el fuerte. Aun cuando se encontraba en los límites civilizados del reino. Elisabeth no descabalgó, se quedó montada, atravesando con la mirada la incómoda escena.

-¿El rey Ulfrido ha dado permiso para reclutar siervos de su antiguo enemigo? -preguntó el príncipe Falcor a la comandante Belina sin dirigir una sola mirada a su antiguo mentor.

-Mi señor, Loc-Ard está muy cerca de Fuerte Verde, y aunque no son siervos de nuestra majestad el rey Ulfrido, viven de forma pacífica en tierras concedidas bajo tregua por vuestro padre hace más de cincuenta años. Aquí en el sur las condiciones de vida son duras, a penas tenemos nuevos reclutas, y los ugroc han demostrado ser soldados leales -respondió la comandante con la cabeza inclinada.

-¿El resto de soldados no han puesto objeciones?

-Llevan conviviendo con el pueblo ugroc muchos años mi señor, las viejas heridas están casi cerradas. Un mal recuerdo de un oscuro pasado compartido -respondió Lemuel hincando la rodilla derecha.

-¿Quién te ha dado permiso para hablar, soldado?

-Fue un antiguo hermano del Septum Arcanis, aquí todos respetan su voz, incluida su comandante -acudió en ayuda Belina pero sin buscar la mirada del príncipe.

-¿Si? Tendré muy en cuenta lo que me acabas de decir.

Elsabeth se acercó montada en su caballo negro.

-No malgastéis un tiempo que no os pertenece príncipe y decidle el motivo de nuestra inesperada visita

El príncipe Falcor la lanceó con su mirada aunque de nada sirvió. Tensó la mandíbula y habló sin emoción alguna en la voz.

-El rey mi padre, ha estado recibiendo últimamente malos augurios por parte de la profeta Elsabeth. Augurios muy concretos sobre las Colinas de Sangre. Insiste en que un viejo enemigo llegará desde el sur. Personalmente no comparto tales ideas, las ciudades de Costa del Yelmo y la ciudadela mística de Galgosard, no han dado muestras de hostilidad, y por lo que veo ahora somos aliados del pueblo ugroc... en cualquier caso, se han enviado emisarios a todos nuestros aliados vecinos para discutir las medidas que se deberán tomar una vez descubramos de donde vendrá este supuesto viejo enemigo.

Elsabeth desmontó y se acercó hacia Lemuel al cual aferró su brazo izquierdo, hizo que se levantara y lo apartó unos metros para claro descontento del príncipe y sorpresa de la comandante Belina.

La profeta giró el rostro y habló de manera imperiosa dirigiéndose al príncipe y a la comandante.

-Que descansen los hombres mientras vosotros discutís los preparativos para nuestra expedición hacia las Colinas de Sangre.

Para consternación de ambos, Elsabeth se llevó al curtido guerrero hacia la capilla del fuerte.

-Tenemos que hablar viejo guerrero, pero en un lugar donde solo los dioses puedan escucharnos -susurró al oído de Lemuel mientras se alejaban del embarrado patio de armas.

# Capítulo 2

## -Más Malos Augurios-

Más tarde en la capilla de Fuerte Verde y frente a una desgastada estatua sin rostro de Palder, el dios de los guerreros, y conocido en muchos lugares de culto como el héroe anónimo, se encontraba Lemuel con la cabeza inclinada en señal de respeto, y Elisabeth con los ojos fijos en el rostro del antiguo hermano de la espada.

La profeta suavizó la expresión de su rostro y colocó una delicada pero firme mano, en el hombro cubierto de cuero y anillas de hierro de Lemuel.

-Los viejos aquerontes del etéreo me han hablado viejo guerrero. Sus voces rara vez me visitan de una forma tan clara.

-¿Y qué les puede importar a unos siervos de los dioses lo que le ocurra a una vieja espalda como la mía? -respondió en voz baja y grave Lemuel.

-No me corresponde a mí despejar la bruma de sus peticiones. Tan solo puedo elucubrar.

-Elucubrar... -repitió Lemuel con cierta sorna.

Elisabeth endureció la mirada y se levantó. Se colocó frente a la estatua de Palder. habló en un tono tan suave y bajo que Lemuel tuvo que prestar toda su atención.

-Los siervos de las esferas inferiores, los lanmuir, tienen unos planes muy concretos para la familia real de Aelgren. Uno de sus príncipes ha muerto ya, y sí, sé lo que me dirás, pero tu tortura está injustificada, créeme, hubiera muerto de todas formas, estuviera o no bajo tu tutela. Los lanmuir no pararan hasta que todos los príncipes de Aelgren estén muertos.

Lemuel se incorporó de un salto. Endureció tanto su mandíbula que parecía que le iban a estallar los dientes.

-No permitiré que muera otro hijo de Ulfredo, mi rey... -Lemuel giró el rostro con expresión de dolor.

-El rey no te desprecia, él escucha las voces de los sabios, pero está atado a las leyes terrenales como todos los reyes del orbe.

-Pero tú lo has traído hasta aquí para que yo lo proteja ¿verdad?

-¿Es que las palabras que te he susurrado en la fría noche no han servido para nada? he venido para devolverte al norte, a la capital.

-Pero el príncipe...

-El hubiera venido con o sin mí. Su destino está fijado.

-No permitiré que ocurra tal cosa, no importa el demonio que emerja de este lugar maldito.

-No es el único hijo que el rey posee.

Lemuel pareció sorprenderse.

-¿Isabella decís?

Elsabeth asintió.

-Era aún una niña cuando la vi partir al Maelgaster para estudiar y formarse como hechicera -dijo para sí mismo Lemuel.

La profeta esbozó una triste sonrisa.

-Ahora está de camino a la capital. Cuando su segundo hermano muera, ella será la heredera.

-Lo que insinuáis...

-Lo que insinúo es que no sé quién o qué espolea a la princesa hacia la capital, pero si algo oscuro la mueve, solo tú, el corazón más puro del Septum Arcanis puede devolverla a la senda de la luz.

-¿El corazón más puro? Os tenía por la persona más sabia de todo el reino.

-Quizá vuestro error sea considerarme una persona.

Aquella frase desencajó el rostro de Lemuel. Pero su estupor duró poco. Su corazón de guerrero aún ardía con auténtico fuego, un fuego avivado por un pasado como hermano de la espada en el Septum Arcanis. Se acercó a la puerta con paso vivo donde había dejado sus armas y correajes, una espada ancha pero sencilla y robusta, y un martillo de guerra con cabeza de águila y de mango largo que llevaba colgado a la espalda. Se ajustó las correas y justo cuando se disponía a abrir las puertas del templo, el suelo tembló, la estatua de la capilla se resquebrajó, las vigas del techo temblaron haciendo que cayeran polvo y astillas. Elsabeth permanecía seria con la vista fija en Lemuel.

-Las colinas de sangre se vuelven a quebrar viejo hermano de la espada, una vez más, la puerta al Aqueronte, se abrirá. Está escrito.

Fuera se oían gritos y maldiciones. Lemuel miró un segundo al suelo y después a la profeta.

-No viviré para ver morir a otro príncipe, profeta Elisabeth.

Y salió por la desvencijada puerta del templo, dejando a la profeta clavada frente a la estatua. Esta acarició su collar de discos dorados con extraños símbolos tallados en ellos. Susurró unas palabras aunque nadie había ya para escucharlas salvo el dios Palder.

-Quieran los dioses que no sea así, hermano Lemuel.

# Capítulo 3

## -Las Puertas de Sangre-

Fuera de la capilla reinaba el caos. Los soldados de la guarnición, tanto humanos como ugrocs, se preparaban para un ataque mientras el príncipe Falcor y la comandante Belina gritaban órdenes a cada miembro de la guarnición que se cruzaba a su paso.

-¿Qué sucede comandante? ¿En qué puesto puedo seros más útil? -preguntó de manera humilde Lemuel aunque sin quitar ojo del joven príncipe.

-Algo sucede en las Colinas de Sangre, sus monolitos están quebrándose, derrumbándose y hundiéndose en un extraño lodo rojo. No puedo adivinar quién o qué asaltará este fuerte, pero si la profeta está aquí...

-La profeta está aquí para devolver a la esperanza del reino al lugar que le corresponde -dijo Elisabeth de manera autoritaria tras las espaldas de Lemuel, dejando al príncipe y a la comandante de piedra.

-Los soldados conocen sus puestos, vayamos a la muralla, y veamos qué oscura sorpresa nos tiene preparada aquella tierra desolada. -dijo sin demasiado convencimiento la comandante Belina.

Los cuatro se encaramaron sobre el parapeto de madera que sobresalía por la parte alta de la entrada sur del fuerte. Todos menos la profeta observaban el espectáculo que se desplegaba sobre ellos. Las extensas tierras que comprendían las terrosas Colinas de Sangre se estaban hundiendo, sangraban lodo rojizo por multitud de grietas, y sus monolitos con forma de garra, caían en el interior de las heridas de la tierra. El cielo se tornó rojo, y las rocas volvieron a emerger unidas, recubiertas por múltiples arterias pulsantes de tierra parda y lodo negro, juntas formaban una especie de portal.

-No es posible... sencillamente no es posible... -decía para sí mismo el príncipe.

-Ten valor muchacho, encomiéndate a Palder y aferra con fuerza tu espada -le habló en tono tranquilizador Lemuel.

El príncipe Falcor lo miró con gravedad aunque no le respondió. Su corazón, la parte más pura de él, aún amaba y respetaba profundamente a su viejo tutor.

-Sea lo que salga por ese portal, alguien debería comandar las defensas del patio -dijo la comandante Belina.

-Ve tú Belina, el príncipe y yo defenderemos el muro -le dijo con tranquilidad a la comandante.

Esta asintió, y seguida por varios ugroc ahora con sus alas óseas vestigiales cubriendo sus pechos, fueron escaleras abajo dirección al patio de armas, cerca de la entrada que ahora unos soldados se apresuraban a reforzar.

-¿Algún plan de defensa? -preguntó el príncipe a su antiguo tutor.

-Aún no sabemos ni a qué nos enfrentamos, solo podemos esperar y hacer que no decaiga la moral.

Elsabeth observaba el rojo portal con interés.

-Hacen falta muchos acólitos, su fe, pericia y energía, para que su culto al señor de los portales demoníacos cree uno.

-Este lugar siempre estuvo maldito, esta tierra nunca quedó limpia del todo del influjo de los señores de las esferas inferiores. -dijo Lemuel aferrando su martillo con cabeza de águila.

-¿Acólitos decís? ¿Habláis de los súbditos del rey? -preguntó el príncipe.

-Nadie está libre de la mancha negra de los señores del caos, ni siquiera los príncipes.

Lemuel le dirigió una mirada consternada a Elsabeth.

-Quizá debemos poner en cuarentena a los ugroc del fuerte -dijo en voz baja el príncipe a Lemuel.

-No podemos culpar a nadie de algo así tan a la ligera, príncipe Falcor.

-Hacen falta acólitos para abrir una puerta así según nos ha dicho la profeta Elsabeth. Los ugroc tienen más motivos que nadie para traicionar al rey.

-Príncipe Falcor, los ugroc llevan conviviendo con este fuerte desde hace muchos años, han demostrado sobradamente su honor y valía.

El príncipe esbozó una mueca de desprecio hacia Lemuel, colocó su mano enguantada en acero sobre la empuñadura y dirigió su mirada al portal oscuro.

-Hay verdad en las palabras del príncipe, aunque solo en parte. Lo que tuviera que salir del portal ya ha llegado al fuerte. Probablemente con forma de palabras, susurros... que solo los acólitos pueden escuchar. Una orden directa de su capitán. -dijo la profeta

Los ojos de la profeta parecían brillar con un fulgor púrpura nunca antes visto. El príncipe Falcor y Lemuel se quedaron sorprendidos ante las palabras de Elsabeth. Falcor desenvainó su espada y Lemuel levantó su martillo. Miraron a ambos lados, los soldados que los acompañaban no parecían tener signos demoníacos en sus rostros o cuerpo. Y Lemuel conocía bien sus signos de su época en las cruzadas del dragón.

Los sonidos lejanos del acero al entrechocar, el del hierro al quebrarse y el cuero al desgarrarse, hicieron que los tres se pusieran en guardia.

-No os separéis de mí, príncipe -dijo Lemuel.

-El velo mágico que mantenía ocultos a los seguidores del señor de los portales ha caído, dime, Lemuel, sigues sin creer que el destino ya está escrito ¿verdad? -dijo Elisabeth mientras dirigía una mirada fría y poco cordial al viejo hermano de la espada.

Alguien gorgoteaba a las espaldas de la profeta mientras los ojos de esta refulgían y desprendían extraños vapores. Los discos de su collar brillaban. Se giró lentamente mientras su mano derecha se abría y se cerraba atrayendo hacia ella una extraña luz mortecina que salía del cuerpo de un acólito arrodillado con expresión de dolor. Sus ropas eran las de un soldado de la guarnición, y era humano, aunque sus ojos eran rojos, y su carne parecía corromperse a paso acelerado. Al final cayó inmóvil sin signos de vida. Los ojos de la profeta ya no brillaban, y parecía visiblemente más cansada.

Por la sección contraria de la muralla un soldado humano caía por la embestida de un ugroc acólito de ojos rojo sangre y piel oscurecida. Lemuel se adelantó, apartó al príncipe y desde una guardia alta lanzó un furioso golpe descendente, haciendo que la cabeza del águila se hundiera en el cráneo del ugroc. Esquirlas de piel, hueso, pelo y sangre salpicaban aún su rostro, cuando un segundo acólito esta vez humano atacaba desde uno de los parapetos de madera. El príncipe cargó contra él, hizo que perdiera el equilibrio, fintó hacia un costado y le abrió desde el cuello hasta la ingle haciendo que sus vísceras se desparramaran.

Lemuel buscó a la profeta entre el caos de brazos, piernas y acero que se sucedía a su alrededor, pero no la vio por ningún lado. Aferró al príncipe por el hombro y asintió con la cabeza en señal de aprobación por su audaz actuación en el combate.

-El número de acólitos en el fuerte tiene que ser limitado, si resistimos lo suficiente limpiaremos el patio y la muralla.

El príncipe asintió enérgico y siguió a su viejo tutor muralla abajo hacia el patio para auxiliar a la comandante, la cual, había formado un círculo perfecto entre los escudos de los humanos y las correosas alas atrofiadas de los ugroc. Alrededor del anillo solo había muerte. El príncipe Falcor y Lemuel corrieron hacia el anillo acabando con cada enemigo que se encontraban a su paso, pero para su sorpresa, la muralla este había sido superada por los acólitos, los cuales habían sido más rápidos y ahora los separaban del anillo de hombres y ugroc formado por la comandante.

-¡No os quedéis mirando! ¡Cargad! ¡Por el príncipe Falcor! -gritó la comandante Belina, seguida de sus soldados que cargaron al unísono.

Los acólitos se vieron sorprendidos y fueron atacados por ambos lados. La masacre fue mecánica y metódica. Aunque amarga y dolorosa, pues aquellos a quienes daban muerte eran traidores que consideraban hermanos.

El cielo aún era rojo. No había rastro de la profeta. Lemuel lo consideraba una victoria aun cuando los rodeaba la muerte en aquel patio embarrado y un portal demoníaco se alzaba al otro lado de los muros de Fuerte Verde, ya que el príncipe aún respiraba. Falcor y Lemuel se acercaron a la comandante.

-Se acabó, el fuerte está a salvo -dijo sin alegría la comandante.

-Solo nos queda saber dónde está la profeta -dijo el príncipe mirando en todas direcciones.

Los soldados supervivientes inspeccionaban los muertos y buscaban con temor caras familiares. Se escuchó alguna maldición y llanto en el patio y la muralla.

-Creo tener una vaga idea de donde puede estar -dijo Lemuel con la vista clavada en el templo.

Un gorgoteo y el sonido del hierro y el cuero al quebrarse hizo que se girara con violencia. El príncipe estaba de rodillas con una espada clavada hasta la empuñadura en su axila izquierda y tras él, estaba la comandante con los ojos rojos como el fuego y la piel podrida, consumida por las oscuras energías que emergían del portal demoníaco.

Lemuel se lanzó con furia asesina. Su sangre le ardía. Las sienas le palpitaban de puro furor. Dio un cabezazo a la comandante hundiendo su nariz en el cráneo, esquivando el tabique nasal se le incrustaron en el cerebro, y aferrando el martillo con ambas manos, impactó la cabeza de águila contra su pecho una y otra vez, hasta que su torso era un amasijo de hueso y vísceras. Al terminar, temblaba. Todos los soldados lo observaban aterrorizados. El martillo le resbaló de las callosas manos. Se desplomó de rodillas y lloró sobre el príncipe Falcor, el cual estaba blanco y con la mirada perdida.

-Estaba escrito que sucedería antes de que tú o yo existiéramos, viejo guerrero, no puedes impedir lo que está escrito, solo podemos movernos en los márgenes, aquellas partes en blanco que no han sido marcadas por los dioses.

Lemuel lloraba sobre la sangre del príncipe pero aún así tuvo fuerzas para dirigir una mirada llena de odio a la profeta.

-¿Dónde estabas poderosa profeta? Una cosa es conocer el futuro pero otra muy distinta es no hacer nada para remediarlo.

-Solo puedo mirar, lo sabes bien, si intervengo, las consecuencias serían terribles.

-¡Mientes! vi cómo arrebatabas la vida a un acólito en la muralla.

-Y he pagado por ello, créeme, los dioses saben de mi herejía -dijo la profeta con la voz rota mientras observaba los cuerpos desmembrados del patio incluido el del príncipe.

El cielo despejó su tinte rojo de atardecer perpetuo, pero las colinas y la puerta retorcida permanecían en pie. Aunque ahora parecía un arco de piedra, inofensivo y de mal gusto.

-Debemos partir cuanto antes al norte, hermano Lemuel.

Lemuel se levantó con lentitud. Gruesas lágrimas aun se deslizaban por la sangre seca de su cara curtida. En sus brazos portaba al joven príncipe, haciendo que su poderosa espalda se endureciera por el peso del cuerpo y la armadura.

-Llevaré al príncipe hasta su hogar, para que descanse con sus ancestros... una vez más.

Al anochecer formaron una caravana de soldados y pertrechos rumbo al norte. Pues aunque tremendamente cansados, muchos no querían pasar ni una noche más en aquel lugar frente a aquel siniestro portal. Algunos ugroc decidieron quedarse de todas maneras. Cerca estaba Loc-Ard, la tierra cedida por el rey Ulfredo para que los ugroc vivieran en paz junto con los demás reinos del continente. El fuerte sería un buen puesto defensivo para su pueblo y el sur del reino.

Cuando ya estaban cerca de Verderón, la primera parada que harían rumbo a la capital, Elisabeth se reunió con Lemuel junto a las llamas de una hoguera, bajo las sombras de silenciosos castaños y nogales.

-El cuerpo del príncipe permanecerá incorrupto hasta nuestra llegada a la capital, me he ocupado de ello.

-Su hermano no tuvo esa suerte, no te tenía a su lado por entonces -dijo Lemuel esbozando una débil sonrisa.

-Si te sirve de consuelo... a los muertos poco les importa sus cuerpos, salvo a los que aún quedamos aquí.

-No me consuela, pero tus palabras rara vez logran ese efecto en mí.

-No vivo para consolarte hermano Lemuel, ni a ti ni a nadie, porque en mi solo veis el recordatorio constante de que nada dura, todo es transitorio, incluido el destino.

-Nunca te lo he dicho, pero realmente, lo que a la gente le resulta inquietante, es oír esas palabras por boca de una muchacha de ojos grandes.

Elisabeth por primera vez en mucho tiempo sonrió, aunque Lemuel no lo vio, tan sólo se tumbó y cerró los ojos. Pero la profeta no, la profeta siguió con ellos muy abiertos, dejando que el fuego iluminara sus ojos grandes y púrpuras.

*Continuará en, La Secta de las Tres Espadas...*

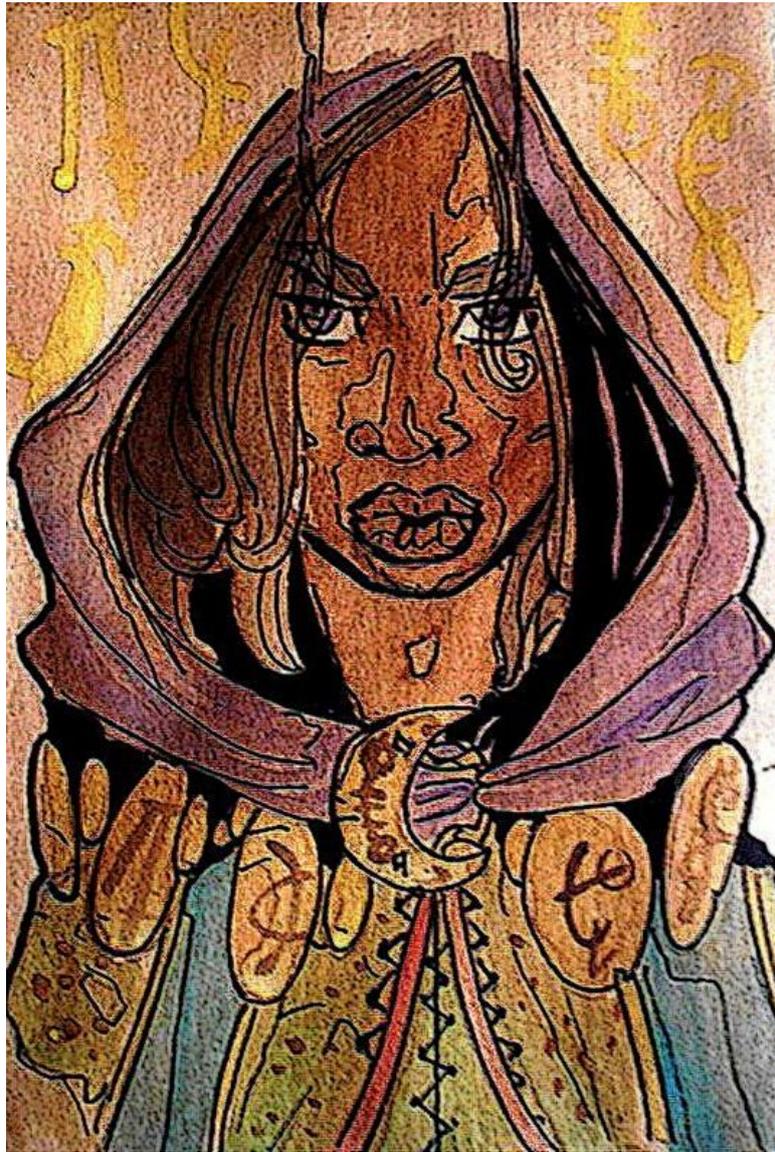
# Mapa del Reino de Aelgren



# Cuaderno de Bocetos



Hermano Lemuel con la armadura reglamentaria de un hermano de la espada del  
Septum Arcanis



Profeta Elisabeth



Guerrero Ugroc



Portal del Aqueronte